

# Cuando el Barça *guanya*

Manuel Silva Rodríguez

## Resumen

Una mirada “desde afuera” al espectáculo que se vive en Barcelona con las hazañas futbolísticas del equipo de Ronaldinho, Eto’o y Messi, quienes figuran entre las principales estrellas del campeón español. Con el asombro de un recién llegado a Barcelona, el autor plantea temas como el vandalismo de algunos hinchas, la función que cumple como instrumento político ese equipo catalán, el fenómeno económico y comercial en torno al espectáculo futbolístico, y la rivalidad con el otro equipo de la primera página en el fútbol español: el Real Madrid.

**Palabras clave:** fútbol, mapa, *culé*, victoria, liga, nacionalismo, título.

**A**lgunos que dicen saber de fútbol me aseguran que en la actualidad el Barça es el mejor equipo del mundo. Yo, que nada entiendo de asuntos de táctica y estrategia, no me atrevo a negar o a suscribir tal afirmación. Pero, en cambio, sí me arriesgo a decir que quienes están adentro y alrededor del llamado *conjunt blaugrana* saben muy bien lo que hacen. O por lo menos lo que quieren. ¿Y qué quieren? Ganar, obviamente, adentro y afuera de la cancha.

Según entiendo, el meollo del fútbol consiste en que se debe empujar un balón con todo (excepto con las manos, salvo si se es Maradona) para meterlo en un arco. O en evitar que el balón entre, que es lo mismo pero al revés. Sin embargo, cuando se vive en Barcelona la sensación es otra. Es como si los pies (o la cabeza, o el pecho) empujaran otras cosas junto con la pelota.

Que quede claro, no pretendo hablar de marketing y esas cosas. No voy a reincidir en la necedad de referirme a la venta de camisetas (una *samarreta* en la *botiga* del Barça cuesta cerca de 80 euros), ni al negocio de los inútiles *souvenirs* (las famosas Ramblas también son un enorme escaparate donde te venden desde una toalla con la efigie de Ronaldinho (!) hasta un cortaúñas autografiado), menos aún al rebusque de la reventa de entradas al estadio (para la final de la Champions las boletas alcanzaron hasta los 3.000 euros) y todavía menos a la venta de derechos de televisión (¿cuánto recibe el Barça por ello?).

Pues nada de eso. En catalán, que es la lengua que hablan los catalanes entre sí, ganar se escribe *guanyar* y se pronuncia *guañar*. Y para *guanyar* está armado el Barça. Y si bien de esto no me hablan quienes aseguran saber de fútbol, sospecho que cuando la banda de Rijkard juega se trata de un poco más que de sumar tres puntos en un partido para conquistar un título. Es que cuando el Barcelona *guanya* percibo en muchos de sus hinchas un tufillo de revancha que va más allá de asuntos del balón; no sé por qué pero en la ciudad

se crea un ambiente como si el mundo volviera a empezar, como si la historia se escribiera de nuevo.

Ante tanto timbal y tanto tambor tras una victoria, de pronto empecé a pensar que es como si las piruetas de Ronaldinho hincharan de confianza en sí mismos a quienes han convertido una camiseta en un símbolo de identidad, casi en una cuestión política. Yo, que en mi vergonzosa ignorancia asociaba a España nada más que con unos cuantos libros y unas cuantas películas, de repente comencé a creer que es como si una comunidad que mucho perdió durante un pasado de guerra hoy triunfara con cada gol del africano Eto’o.

Y por lo mismo, aunque sepan tanto de la Guerra civil española como yo, los ocho o diez futbolistas latinoamericanos, los otros tantos europeos y los tres catalanes titulares (en el Barça sólo hay un jugador de otra zona de España, y fue formado en las inferiores del club), como en una procesión de Viernes Santo, le ofrendan a las instituciones políticas catalanas cada trofeo conseguido (es como si Nacional o Medellín le ofrendaran sus escasos títulos a la Alcaldía de Medellín o a la Gobernación de Antioquia).

Quizás, se me ocurre, por ese mismo estado mental, cuando el Barcelona sale a la cancha cantidades de jóvenes y adultos, de mujeres y hombres, incluso hasta de inmigrantes, se ponen de pie y emocionados cantan *L'Himne* del Barça:

*Tot el camp  
és un clam  
som la gent blaugrana  
tant se val d'on venim  
si del sud o del nord  
ara estem d'acord  
estem d'acord  
una bandera ens agermana*

Y se canta en catalán porque de eso se trata: de que el equipo de los catalanes afirme con goles que todo el campo es un clamor, que allí está la gente azulgrana, que adonde vayan o de donde vengán importa poco

ya que todos están de acuerdo en una bandera. Aunque ni me lo sugieran los entendidos en las artes del balompié, se me antoja que hay en juego algo más que goles cuando en los actos previos a un partido en lugar del escudo de un equipo he visto sobre la cancha un enorme mapa de los llamados (y quizás inexistentes) *països catalanes*.

Yo, desinformado como vivo, les pregunto a algunos amigos de la comunidad valenciana y de las Illes Balears (las otras regiones comprendidas en ese mapa imaginario, donde se hablan ciertas variantes de catalán), por qué el Mallorca, el Valencia o el Levante no enarbolan alguna vez un mapa parecido, y por toda respuesta ellos esbozan una sonrisa. No hacen lo mismo los políticos de esos lugares, que al presenciar esas demostraciones de orgullo lingüístico al día siguiente aparecen en la tele, y hablando en castellano ponen a un lado el deporte y al otro los ímpetus del nacionalismo catalán que se agazapa detrás del Barça.

Aunque nada consiguen, porque desde que el partido acaba en España poco importa de qué son instrumento las gambetas del argentino Messi, pues lo que interesa es cuántos puntos separan al Barça y al Madrid. Porque si lo importante es guanyar, lo más importante es derrotar al Real Madrid, el único que cuando anda bien (cosa que hace rato no sucede) le puede hacer la vida difícil a las figuras de Barcelona. Es que si somos claros en España sólo hay un equipo, si acaso dos, que pueden significar un peligro para los intereses del encopetado clan de la capital catalana. Es tan desigual la lucha, que cuando empieza la temporada, aparte del Madrid y el Barça ningún otro club cuenta para obtener el título.

Y tales pronósticos no son sólo asunto de los que hablan y escriben sobre fútbol en los medios (allá también sobresalen por su ingenio y sagacidad), sino también de los técnicos y jugadores de los demás equipos. Como quien dice, allí se juegan dos ligas: una entre Madrid y Barcelona (últimamente se les ha colado el Valencia), y otra entre el resto, cuya meta es no descender. Por esa enorme diferencia, casi siempre (como en la última temporada que el Barça era campeón un mes antes de terminar el torneo) resulta más emocionante la parte baja de la clasificación que la de arriba.

Bueno, o al menos así me lo parece a mí. No a los fieles del Barça, ya que hasta donde he visto en Barcelona ser *culé* es como un sello de fábrica, como una devoción, pues cuando el Barça guanya el sujeto se anula y tú, él y ellos deponen su autonomía y se convierten en otros. Dicho con nombre propio, el personaje deja de ser, por ejemplo, Joan Manuel Serrat, el que canta los versos de Hernández y Machado, para convertirse en *culé*.

¿Que de dónde viene la palabra *culé*? Pues del culo. Según mis fuentes, cuando en el lugar del fastuoso Camp Nou existía el modesto estadio de Les Corts, los hinchas de un conjunto nada mediático acomodaban el trasero sobre gradas de madera, y quienes se quedaban abajo les miraban la nalga.

En cualquier caso, aunque los aficionados no exhiban hoy las posaderas en las tribunas, en la que

llaman Ciudad condal o eres *culé* o no eres nada. Puedes ser hincha del Espanyol, el otro equipo de la plaza (afuera los conocen como los *pericos*), pero eso no vale. O peor que ser perico, puedes ser fiel del Madrid, en cuyo caso lo peor es ser del Barça. Y así se la pasan. Se aman tanto entre culés y madridistas que una amiga que quiere tanto al Barça como a su perro (y eso en España ya es demasiado) me ha confesado que éste ha sido el mejor año de su vida, imposible pedir más: el Barcelona quedó campeón de la liga local y de la Champions, y el Madrid no ganó nada y siempre jugó horrible.

Entonces, si bien no queda claro qué obtiene uno si el Barça guanya algún título, si por esas cosas de la vida uno anda por Las Ramblas la noche de una final conviene sopesar si se le despeja el espacio a los enfebrecidos culés o si se mimetiza entre ellos. Sí, porque cuando el equipo queda *campion, tot el clam culé* se reúne en Canaletes, que es una fuente ubicada al comienzo de ese famoso bulevar barcelonés, donde varios cientos de miles se encuentran para saltar, gritar, quemar bengalas y, cómo no, recordarle al Madrid lo grande que es el Barça.

Y digo que conviene pensarlo ya que, por más pacíficos que sean los socios culés que casi siempre llenan el estadio (casi todos viven el fútbol sentados como en la ópera, apenas sí insultan a los jugadores del Madrid, sobre todo a aquellos de la calaña traidora de Figo o Ronaldo, que alguna vez vistieron la samarreta blaugrana), a Canaletes concurre una especie urbana a la cual le niegan en la ciudad el estatuto de aficionados del Barça. Éstos se alegran tanto con los triunfos, que en el trance de la euforia derriban semáforos, prenden fuego a lo que salga al paso (sobre todo a las cabinas de la multinacional *Telefónica*), arremeten contra los vehículos (ni las pobres bicicletas se salvan) y saquean tiendas de ropa (en especial de marca). De modo, pues, que si por malaventura una de esas noches uno anda por allí, puede tener la suerte de ir gritando ¡visca Barça! y resultar envuelto en una persecución de película, cañoneado con pelotas de goma o sometido en el piso por dos o tres *Mossos d'Esquadra* (algo así como la policía catalana), de cuya delicadeza dudo aún en instantes de calma.

Tanta alegría gracias al equipo que preside el catalán Joan Laporta (un ejecutivo de esos de apariencia impoluta, tan políticamente correcto que resulta sospechoso), no sólo tiene hartos a los hinchas del Madrid. Quién lo creyera, culés de rancia alcurnia (y hasta el Ayuntamiento de Barcelona) no saben qué hacer cuando guanya el Barça, pues los títulos de la Liga y la Champions obtenidos en menos de un mes les dejaron pérdidas a los comerciantes y a la ciudad por más de medio millón de euros.

Pero cuando el Barça guanya no todos pierden. Por ejemplo, recuerdo (cómo olvidarlo) que las cámaras de la tele grabaron cuando el imberbe Messi en el éxtasis de la victoria ante el Arsenal le decía (¿bromeando?) a Joan Laporta que por ganar (así, en castellano) los jugadores ya no querían más relojes de oro como regalo. Al recordarlo, me digo que quizás los que saben de fútbol tienen razón. ■